

Martínico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripción.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 16 rs. id.
Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripción.

EN ZARAGOZA

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.



El Duende muere.

«Todo tiene su fin en este mundo,
Segun nos dice el docto don Facundo.»

¿No saben ustedes quién fué don Facundo?

No lo extraño: era tal su modestia, que al cerrar el ojo dejó á la humanidad en las mayores dudas acerca de sus talentos, probidad, y acierto en endilgar sentencias, como la que hemos copiado literalmente á la cabeza de este tiernísimo *adios* á nuestros lectores.

El Duende muere: esto es, deja de darse por ahora á luz. Vuelve á las tinieblas de donde salió, hasta que algun nuevo *Garavito* rompa la redoma y le torne á la *vida mundial*, como al célebre Marqués de Villena.

Pero cómo, si *El Duende* tenia suscripciones, tenia *vida propia*, y contaba con la resolucion de *vivir* mas que Matusalen, sale ahora con que *muere*, y así de sopetón, cuando menos lo pensaba el público y, como si digéramos, de apoplejía fulminante? Pues ahí verán ustedes.

Esta contestacion es concluyente, *matante*, como que *mata*.

Y no hay remedio, es forzoso morir.

Todo lo que nace muere: *El Duende* nació, ergo... saquen ustedes la consecuencia.

Y ¡qué lástima! Ahora, que conocíamos y éramos conocidos del público! Ahora, que nos habíamos captado la benevolencia de tantos... Y sino que lo digan las *mogigatas*, y las *notabilidades*, y las *criadas*, y los y las *artistas*, y los... ¡Oh dolor! Díganlo todos.

El Duende y compañeros mártires ¿cómo podrán explicar las deferencias que á sus lectores paganos y á sus lectores de mogollon han debido en los seis meses que de existencia periodística cuenta?

En este tiempo ni una reclamacion contra sus escritos ha habido: ni ha tenido que rectificar una sola vez, como á tantos otros ha sucedido, aunque lo han hecho libre, franca y espontáneamente, tan solo invitados á hacerlo, por suspicaces lectores ó quisquillosos interesados.

¿Será que el público ha sido demasiado indulgente con nosotros?

¿Será que hemos acertado á amenizar sin herir?

Sea lo que quiera, es lo cierto que jamás, en ninguno de nuestros escritos, *hemos querido faltar á persona alguna determinada*; y si algunos ó algunas han creido encontrar en las columnas de *El Duende* alusiones demasiado *picantes*, censuras un tanto *amargas* y críticas en extremo *saladas*, culpen mas á su susceptibilidad que á nuestra intencion, á su escensiva suspicacia mas bien que á los inofensivos artículos de nuestro inocente periódico.

El Duende se eclipsa. ¿Quién sabe dónde aparecerá de nuevo?

Por lo pronto *El Diario de Zaragoza* va á publicar una *edicion ilustrada, política* por supuesto, todo lo jocosa que le sea posible y permitido, y esa *edicion ilustrada* etc. aparecerá todos los domingos.

Y, vean ustedes qué casualidad; será del mismo tamaño que *El Duende*: y dará caricaturas como *El Duende*: y se imprimirá en las mismas prensas de *El Duende*: y escribirán la *edicion ilustrada* amigos íntimos de *El Duende*.

La *edicion ilustrada, política, literaria, artística* y sabe Dios cuantas cosas mas, cubrirá las suscripciones pendientes, queridos suscritores. Y, sin que sea modestia, creemos que saldreis gananciosos; pues leeréis en ella cosas que hoy á *El Duende* le son vedadas y que, por mi vida, os agradarán.

Año nuevo, vida nueva.

Con el 1862 concluye *El Duende*.

Con el 1863 principia la edición ilustrada de *El Diario*.

Adios, pues, benévolos lectores. Hasta la primera, como dicen en este país de los melocotones. Acordaos de nosotros y derramad una lágrima sobre nuestra tumba.

Las fotografías.

Ya recordareis, amados lectores, y dispensad si la frase huele á comienzo de sermón, á nuestra amiga doña Síncope Frecuente, madre de aquellos dos angelitos que, pecando de amables, abren sus salones, (léase sala, gabinete y alcoba) á unos cuantos amigos de ambos sexos, para que las acompañen á pasar menos mal las largas y antipoéticas noches del invierno, en las que no se puede salir á contemplar la plateada luna, sin esponerse á coger *gratis* una soberbia pulmonía.

Estaba en una deuda con dichas señoras desde la noche de la reunión á qué tuve el alto honor de asistir, y decidí hacerles una visita entreverada; es decir, medio de confianza, medio de etiqueta.

No fijaré hora, porque cada uno puede elegir la que guste; que en esto de visitas se elige, á mi parecer, la que mas conviene, bajo el plausible pretexto de la franqueza ó los negocios, al capricho ó al estómago.

Doña Síncope estaba haciendo labor con sus dos niñas, dando ejemplo de laboriosidad.

Después de los cumplidos de ordenanza; de hablar del tiempo; conversacion preciosa por lo nueva é inagotable, y de criticar á las amigas, que fueron á la reunión, doña Síncope me dirigió la palabra en estos términos:

—*Martinico* ¿cuando nos trae usted su retrato?

A tal salida quedé petrificado. Jamás habia pasado por mi mente, que, conociéndome, hubiera quien se atreviera á dirigirme semejante interpelacion tan antiparlamentaria.

Luego que me hube recobrado de tan terrible indirecta, la contesté:

—Señora, usted no recuerda quién soy yo.

—Toma, dijo doña Síncope, un hombre como cualquiera otro.

Entonces me miré de arriba á bajo y comprendí que la buena señora decia la verdad; estaba hecho todo un hombre; pantalon, levita, etc. etc. Confieso que estuve á punto de soltar la carcajada al verme con tan ridículos trebejos; pero volviendo á mi aspecto exterior, respondí á doña Síncope.

—Dispense usted: estaba distraído.

—Pues no faltaba mas, prosiguió mi interpelante, que no nos diera usted su retrato, cuando tenemos el de tantas personas, que no conocemos.

—¿Qué me cuenta usted? ¿Con que ya no es el retrato la representación del cariño, del amor, del recuerdo de

una persona perdida ó amada en nuestro corazón...?

—Ja, ja, ja: fué su respuesta en sonora carcajada, coreada por sus preciosos pimpollos, que dieron tregua á la labor para mirarme con ojos tan espantados como si tuvieran delante de sí algun vicho raro.

—Con que es decir, dijo Merceditas tomando la conversacion donde su mamá la habia dejado, que ignora usted que hoy no existe alma viviente que no se retrate? ¿De donde viene usted que tales cosas ignora?

No quise decir que del otro mundo por no asustarlas; pero sí respondí:

—De muy lejos: del Congo.

—¡Ah! Entonces merece disculpa. Pues sepa usted, *Martinico*, que ahora todo el mundo se retrata diez, veinte y mas veces, segun el valor en la sociedad de la persona, las relaciones que tiene ó sus caprichos.

—¿De veras, Merceditas?

—Lo que usted oye. Es de muy buen tono el ir dejando retratos por todas partes.

—Estas, interrumpió la madre, han dado ya á estas fechas mas de cien targetas en diferentes posiciones.

—A ver, señora, espíqueme usted eso: dije yo alarmado.

—Poco tiene que explicar; repuso la otra hermana. La primera vez nos retratamos de veinte y cinco alfileres; después nos dió el capricho de ponernos mamá y nosotras en un grupo; nos dijeron unas amigas que estaríamos muy bien con mantillas y nos retratamos con ellas; luego, como fuimos este carnaval á un baile de trajes, se empeñó mamá en que nos fotografiasen á mí de jardinera y á Mercedes de Diana; y los últimos que nos han hecho son de busto; porque ahora están de moda.

Creí que el angelito no acababa nunca en el uso de la palabra.

—Como, ¿hay tambien sus modas en esto? le dije. Pero necesitarán ustedes un dineral solo para retratos.

—Son baratos: contestó la mamá: y por eso se hacen tantos; si no, puede usted juzgar...

Y levantándose tomó de un velador inmediato, su magnífico *Album* con abrazaderas de plata cinceladas y abriéndole contemplé absorto una no interrumpida esposicion ó galería de trajes, cortinas, hombres y mujeres, que parecian conductores de máquinas de ferrocarril ó deshollinadores, segun lo tiznados y oscurecidos que estaban los mas; si bien habia algunos que, como decia Merceditas parecia que hablaban, por mas que yo no notára el movimiento de sus labios.

Pregunté el nombre de muchos, y tuve el sentimiento de oír que no los conocian: sino que, como el *album* podia contener doscientos retratos, algunos amigos se los habian llevado para llenar los huecos.

—«He aquí, exclamé al oír esto, una nueva clase de aleruyas, que desconocia. Lástima que cada uno no tenga debajo, para que al menos supiéramos algo, un versito como aquellos que espresan el nombre y circunstancias del sugeto que exhibe tan amablemente su soberbia estampa; por ejemplo:

El señor don Pedro Iban,
Caballero de San Juan.

Pero lo uno traerá lo otro, y andando el tiempo veremos cosas en fotografía que llenarán de asombro á los mortales.

Pasé revista á los personajes del *album*, para mí casi todos desconocidos, y despues de prometer que me retrataría, para dar gusto á mis amigas, me despedí de ellas, y acto continuo, como ya me encontraba con figura de hombre y hecho un paquete, me encaminé á casa del fotógrafo que me dijeron ser el de mas fama.

Sin duda los fotógrafos son gente que vive en las estrellas; porque el que yo busqué habitaba en el último piso de una casa de cinco cuerpos; pero me lo explicó despues; porque si así no fuera, hasta los perros que pasaran por la calle entrarían á retratarse.

El artista me saludó, y despues de preguntarme lo que queria, entramos al gabinete, en donde pasé un no pequeño susto al verme apuntado con el enorme antejo que parecia un cañon rayado asestado contra mi pecho.

Todos os habreis retratado; por lo tanto escuso contar los pormenores de aquella operacion; solo referiré que, mientras sacaban á luz la prueba negativa, me entretuve en ver, como quien visita un museo de nulidades contemporáneas, una infinidad de retratos completamente desconocidos para mí, que creía conocer á todos. En cambio admiré la variedad de los caprichosos retratos. Unos estaban en mangas de camisa; otros embozados en sus capas; algunos (y estos acertaron) vueltos de espalda, sin duda porque presumieron que lo mismo se les habia de conocer de un modo que de otro; ó por miedo, quizás, de que algun acreedor, vulgo *inglés*, les contemplase impasible desde la mañana á la noche. Otros estaban con un enorme perro á los pies; no faltaba quien se habia retratado poniéndose los pantalones; y en fin, aquello era una variedad tal que creia ver un manicomio modelo, en el que sorprendia de una vez á todos sus moradores en sus extrañas y pintorescas posturas.

La voz del retratista me sacó de mi contemplacion, presentándome un cristal en el que percibí unas sombras; busqué, y por fin me hallé; sí, era yo, tal como me veis al principio de cada número; idéntico, el mismo; por lo cual escuso regalaros un ejemplar, cuando os proporciono cuatro todos los meses.

Quedé admirado; pero saqué como consecuencias las siguientes:

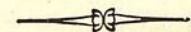
Que las mujeres, con la fotografia, están de enhorabuena; pues ya no han de andar sus efigies, como antiguamente, rodando por cima de las mesas en los cafés, cuando un pollo imberbe se vanagloriaba de poseer su amor; pues ahora cualquiera puede llevar un serrallo en el bolsillo á muy poca costa: en lo cual gana la honra de muchas familias y la moral sobre todo.

Que es un medio de alhagar á los tontos y vanidosos; porque se creen dignos de andar en manos de to-

dos. En lo cual gana no poco el retratista y los fabricantes de cartulinas y de ingredientes.

Y que á este siglo estaba reservado el ser fecundo en todo; pues en los venideros, cuando los que entonces vivan, cojan en sus manos cualquiera de esas barajas de retratos, que con el nombre de *albums*, sobran en todas parte, exclamarán al ver tanto personje:

«¡Oh! Indudablemente, el siglo XIX fué abundante en notabilidades de uno y otro sexo, y hasta en animales,» añadirán, si en la coleccion hay algunos perros ó caballos fotografiados.

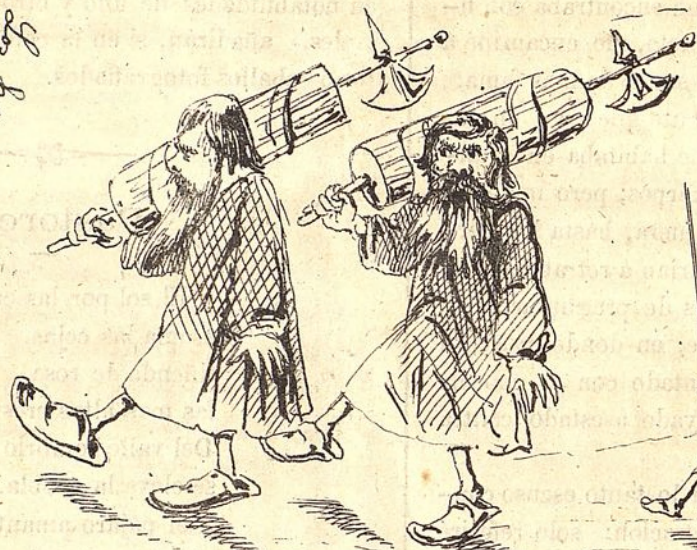


Pastorela.

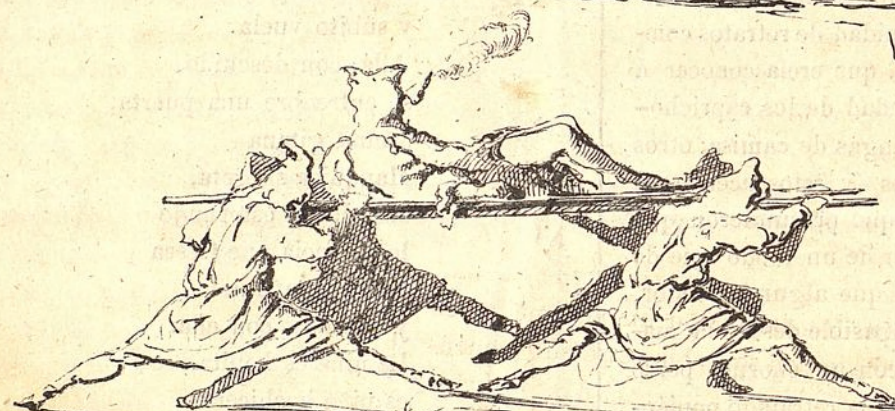
El sol por las cumbres
asoma las cejas,
tiñendo de rosa
las mas altas crestas.
Del valle sombrío
se eleva la niebla,
y el pájaro amante
saluda en la selva
la aurora y el dia
y súbito vuela.
Allá, con descuido,
se entreabre una puerta,
asoma gitana
Manquica su geta,
cuando un estornudo
le anuncia que fresca
está la mañana
y el viento con ella.
La niña es bonita,
es niña hechicera,
encanto es del valle
que todos obsequian;
pero ella avisada
guardó su pureza
al bello Terrones,
que guarda las puercas.

El sol en el cénit
radiante campea,
y al monte y al valle
sus rayos calientan.
Pastores, pastoras
de aquellas aldeas
ya llegan ansiosos
de Manca á la cerca.
Le traen mostillos,
manzanas y peras,
y natas sabrosas
y mieles de abejas,
y traen picadura
tabaco de berza,
turrón de patata,

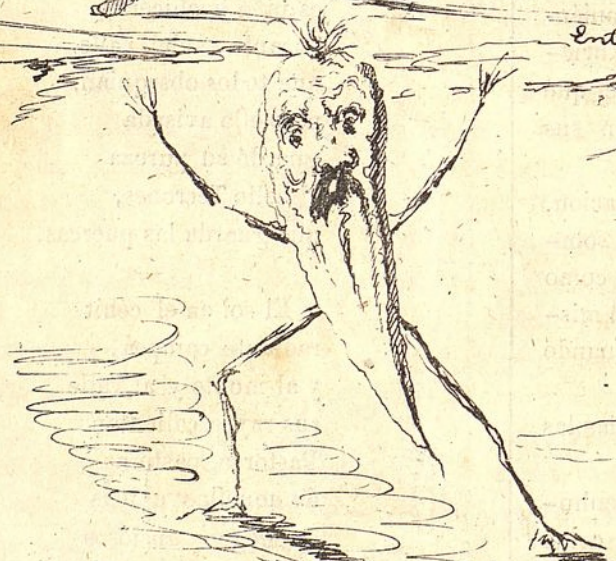
Los haanacheros al grito Gale



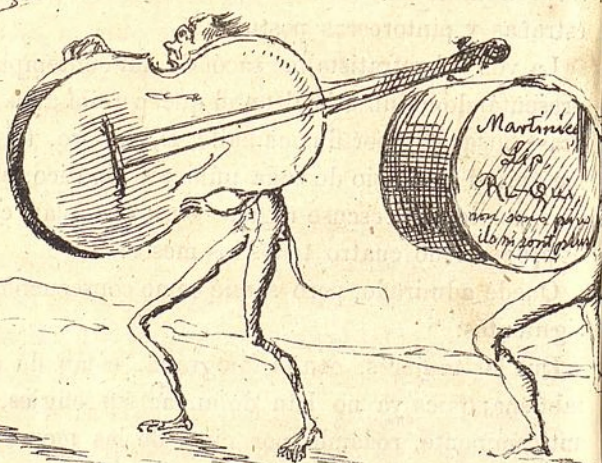
Kabila Beni-fu-fu, en las Gales



Entierro de El Duende



Casimiro I.



L.



Lapadores-bomberos y blanqueos de Orreoso.



Calenturientos infusados de Orreoso.



J. L.

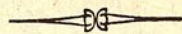


J por última vez Pi-Gen

y azucar con piedras
y el buen chocolate
de almagra deshecha,
el buen vino aguado,
café con pimienta,
cascotes y pajas
en rica jalea;
sabroso cordero
que tiene viruelas,
perdices pasadas,
estiercol que humea;
sardinas de cubo,
gallinitas muertas,
y traen de sus casas
á Manca la bella
todos los manjares
que rancios se encuentran
y los tocinitos
por malos desprecian.
La suave Manquica,
al ver que la cercan
de tales presentes,
de tales ofrendas,
no sabe ¡oh encanto!
premiar ¡oh inocencia!
las pruebas de aprecio
de gente tan bestia.
Confusa la niña,
mas luego repuesta,
á Juan da un pellizco,
á Pepe le asesta
soberbia guantada,
que le hunde la geta.
Y como reparte
con tanta violencia
sopapos y coces
y lapos sin tregua,
toditos los mozos
huyendo la dejan.
Terrones la mira
de lejos y piensa
que aquella garrida
y fuerte doncella
será tarde ó pronto
su mejor prebenda.
Se acerca á la niña,
el moño la besa
que tiene empapado
en rancia manteca.
Al ver á su amante,
Manquica le asesta
tan recia puñada
con tal brío y fuerza
que escupe el porquero
los dientes y muelas.
Terrones el palo
con furia endereza
y tales trancazos

á Manca le pega
que mata las liendres
de su cabellera.
«Los dos semos uno»
esclaman; no no hay juerza
que mas nus separe,
vaimus á la iglesia.»
El sol concluía
su larga carrera.
La noche avanzaba
muy lúgubre y trética.
De nuevo hácia el valle
bajaban las nieblas:
El tértico buho
silbaba en la higuera.
y viéndose ufano
señor de la selva,
vagaba en el valle
en vuelttas y vueltas.

FIN.



Mis memorias.

Con ansia espera la Europa
saber de mis hechos algo.
Ahí teneis, pues mucho valgo,
de mi colada la ropa.

Vine al mundo con la cosecha de azafran de 1832.
Poco despues hacíamos nuestro *debut* el cólera y yo.
Pegué un respingo el primer año y agoté siete no-
drizas

El cólera agotó la paciencia del pueblo español.

Llegó la guerra civil, senté plaza de tambor; y no
fué poco el ruido que hice por esos mundos. . . so-
bre la piel de mi instrumento músico.

Llovian cerezas por todo el ámbito de la tierra, y
dió principio el año de mil ochocientos cuarenta.

Yo habia progresado mucho.

Ocupaba una posicion muy elevada.

Pasaba dias y dias plantado encima de una cucaña
para verlas venir.

Pero ¡ay! ellas no venian nunca.

Salvé la humanidad.

Me hice dentista y arranqué una muela al lucero
de la mañana.

Despues fuí insecticida, y todo el mundo apreció
mi modo de matar pulgas.

Cansado, dediquéme á zapatero; de entonces supo
la humanidad toda donde le aprieta el zapato.

Puse fábrica de buñuelos, y conocieron mis parro-
quianos que al freir era el reir.

Por aquellos tiempos hice una gorda, y me decian
todos al ver mi miedo «No la hagas y no la temas.»

Esto me consoló. Fuí á Andalucía y ví salir el sol
por Antequera.

«Aquí, exclamé, todo el mundo es país; pues á vivir sobre él; pero desgraciadamente, conocí que en todas partes cuecen habas.

Yo estaba desesperado.

Cojí una cuerda y me ahorqué; pero un mal prójimo, que deseaba tener cuerda de ahorcado, me descolgó antes de tiempo.

Era necesario vivir, y tiré de la cola al diablo; pero tantos debían haber tirado de ella, que no sonó la campanilla.

Estaba á la luna de Valencia, no teniendo ni el consuelo de verla los cuernos.

Comenzaba el final del año cincuenta y nueve, y yo mi carrera de acróbata.

Era tal mi hambre en aquella época, que me tragué la plaza de toros donde debía dar á conocer mis habilidades.

Pasé á Californias; y al ver que allí no es oro todo lo que reluce, me dí con un canto en los pechos y tomé las de villadiego.

Conociendo que quien da pan á perro ageno, ganancia de pescadores, senté plaza de coracero de la guardia y partí para Crimea.

Me enamoré de la señorita Odesa: y el Czar, que rige los destinos de la Rusia, quiso que me correspondiese.

Nuestro amor fué de cal y canto, duro como piedra berroqueña; de ahí el que mi novia tuviese el cabello fuerte como mosaico.

Esto me hizo conocer que seria dura de pelar; y como yo solo queria pelar la pava, la dejé por puer-tas; pero ella me olvidó por la otomana.

Vineme á España decidido á vender mis laureles; por que eso de dormir sobre ellos no me parecia conveniente.

Preferia un colchon.

Buena idea tuve, y me hice colchonero.

Al principio todo iba bien; pero me cardaron la lana de tal modo, que me quedé con poca lana y entre zarzas.

Torné otra vez á enamorarme y estuve rondando á mi adorado tormento doce meses.

Soborné á la criada, que se llamaba Peana; por aquello de que por la peana se adora al santo; mas el hecho es que no conseguí cosa alguna.

Un vecino me avisó que mas valia llegar á tiempo que rondar un año.

Aprecié el consejo; y aprovechando un viaje que hizo á Andalucía, cargué con el santo y la limosna, y él aprendió que quien fué á Sevilla perdió su silla.

Mis amores duraron poco, por que no estando hecho á bragas etc.

Dije á mi bella «ahí te quedas,» y la dejé con un palmo de narices.

Me han dicho que lloró mucho; pero como en lágrima

mas de mujer no hay que creer, me hice el sueco y dije, el buey suelto bien se lame.

Aquí dá fin la historia de Ri-Qui; por que el hecho es que, del modo que llevaba mi relato, trazas tenia de no concluir hasta el dia del juicio, haciendo perder el suyo á mis lectores.

No os diré como concluí por ser caricaturista y redactor de *El Duende*: secreto es que pertenece á la historia y á mis memorias de ultra-tumba.

Sin mas celebraré que hayais tenido felices Pascuas, y que os veais libres de sabañones.

Ri-Qui.

La Empresa H. F. y C.^a

ó SEA

Hambre, Fanfarria y Calentura,

Señores y milores. En atencion á que todos los dias nace un tonto, y que el que nace tonto, tonto se queda; resulta, que el número de los imbéciles es infinito; y yo, con ellos cuento; son mios, me pertenecen, los quiero y los reclamo: escuchad, pues, papahigos.

Yo soy un mocito *crio*, hijo de un país en que se cree que todo el monte es tomillo, y que, estando medio mundo por conquistar, este medio mundo nos pertenece por derecho de conquista. Como yo soy muy lagarto, y de los que entienden la aguja de marear, pretendo marearos y no poco, haciéndoos ver las estrellas en pleno dia, y contándoos un cuento.

Habeis de saber que se trata de iluminaros, y no así como se quiera, de iluminaros con gases ó con gasas, que lo mismo dá; porque aquí lo esencial es que traguéis el higo; que en cuanto al cañazo, no os ha de hacer falta tarde ó temprano.

Finalmente.—Como dice Pardo en *El tio Zaratan*—apresuraos, buenos creyentes, á depositar vuestros viles ochavos en manos mas dignas de hacerlos saltar que las vuestras. Y como me dirijo á un pueblo que ayer vino al mundo, por casualidad, y solo lo ha visto por un agujero, justo es que os dé una muestra de confianza. Ahí teneis el negocio; no lo quiero; guardadlo para vosotros; haceos ricos. Solo, como muestra de reconocimiento, espero me nombrareis director de la sociedad, con treinta, cuarenta ó cincuenta mil del pico; y con esto y con que nunca tengais derecho á pedirme cuentas, quedamos tan amigos. ¿He dicho algo?

Dios os haga mas si os conviene; y sea para vosotros la isla de la bienaventuranza lo mas pronto posible.

El director de H. F. y Comp.^a

Zutano Espartos y Picarvas.

Editor responsable: MANUEL ALLUE
Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862.

EL DUENDE

FELICITA

A SUS SUSCRITORES

EN EL DIA

DE

SU SANTO.

Editor responsable: MANUEL LÓPEZ
Carretera, 10, 1.º piso de la casa 1002